

# Antígona de Sófocles en la Universidad

ALEJO CARPENTIER

Nunca la Universidad de La Habana fue tan Universidad como la semana pasada! Una Universidad como siempre la soñamos... Una Universidad en que los estudiantes, apasionados a menudo por empeños de menor cuantía, entregados a controversias menos nobles, vivieron durante una semana pendientes de un espectáculo sin precedentes, que transfiguraba el patio central, haciendo vivir fantasmas en los intercolumnios del Edificio Felipe Poey...

Según las tradiciones, esos fantasmas aparecían de noche. Pero eran fantasmas dignos de una Universidad, de un centro de cultura del que deberíamos estar orgullosos... Fantasmas del adivino Tirias, que avanzaba por las escalinatas, apoyado en el hombro de su lazarillo; fantasma de Creón, terrible en su empeño de borrar por el rigor la mancha dejada de su estirpe por el incesto de Yocasta; fantasma de Ismene, la humana, y de Antígona, la hermana vengadora, con el cadáver de Polinice a cuestas; fantasma de hoplitas, de mensajeros de desgracia, de un coro cuyas invocaciones cundían en la noche constelada de estrellas tropicales.

—El recto juicio es el bien más preciado que el hombre posee... Pero el hombre no puede sustraerse a la voluntad de los Dioses...

Una orquesta oculta alimentaba el sortilegio con música surgida del siglo XVIII... Las luces lamían las columnas, siguiendo perfiles de medalla... La tragedia de Sófocles, implacable como un cataclismo, sentaba los grandes fueros de la Fatalidad, conduciendo a los hombres ciegos, guiados por leyes ignotas, hacia un destino incierto...

Pero el sortilegio era roto, de pronto, por una voz que se alzaba al pie de la escalinata:

—¡Basta!... ¡Atrás el coro!... Repítase la entrada de Eurídice— ¿Por qué el primer Corifeo no ha anunciado su llegada?...

—Es que no podía verla por las columnas, Schajowicz...

—Tiene razón... ¡Marisabel!... Debe atravesar más pronto el pórtico. Y detenerse un instante aquí, en este intercolumnio... Y usted, Corifeo, anúnciela en ese momento...

Se repetía la escena. Una. Dos. Diez veces... Nervioso, siempre descontento, corriendo de los reflectores a los artistas, del maillador a la orquesta Ludwig Schajowicz iba ensamblando con lentitud y seguridad los detalles arquitectónicos del monumento trágico de Sófocles...

La Levenda Tebana confería a nuestra Universidad nuevos títulos de nobleza.

Esfuerzo admirable, esfuerzo enaltecedor, que no ha quedado en mero esfuerzo. Porque frente a la "Antígona" representada en la Universidad podemos, realmente, formular críticas. Y no se trata, en este caso, de los pequeños reparos opuestos a algo que, por su mediocridad, va clamando por la indulgencia. Podemos criticar la ANTÍGONA de nuestra Universidad como se critica una gran obra, bien interpretada, bien puesta en escena. Es decir; como puede criticarse un VERDADERO ESPECTÁCULO, cuya calidad es indiscutible, pero que, por su misma amplitud, nos ofrece motivo de meditación y nos plantea reconfortantes problemas de orden estético.

En una palabra: la "Antígona" de Sófocles, traducida por Juan M. Dihigo, puesta en escena por Ludwig Schajowicz, permite llevar la discusión a una zona de ideas que muy rara vez, por desgracia, nos permiten abordar las mediocres manifestaciones del teatro en nuestra Habana.

La elección de la escalinata del Edificio Poey no puede haber sido más acertada para servir de escenario a la tragedia... En lo alto de los peldaños, diez y seis columnas, sólidamente asentadas en sus bases daban al palacio de Creón un pórtico digno del rey de Tebas. Una batería de reflectores fijos y móviles, ponían luces al pie de las columnas, acariciaban los fustes, iluminaban los intercolumnios, poniendo sombras y manchas claras en el peristilo, según las exigencias de la acción... Detrás de una línea de palmeras, la orquesta, bajo la dirección de Manuel Duchesne, acompañaba las entradas de ciertos personajes, acentuando por medio del sonido el sentido emocional de las principales escenas...

Esto en cuanto al marco.

En cuanto a la interpretación, pocas críticas podrían formularse, va que el nivel general de ellas pudo vencer cualquier escrúpulo. Luisa Caballero animó una Antígona escultural y fría —fría por una constante afirmación de su voluntad y de lo inquebrantable de sus determinaciones —que está perfectamente concebida dentro de las dos o tres interpretaciones que, clásicamente, pueden hacerse del personaje. Porque si bien puede concebirse una Antígona desorbitada, ardiendo en el fuego sagrado del odio y del anhelo de venganza, también puede verse a la hija de Yocasta como mujer de un temple de acero, cegada por el amor fraternal hasta el punto de inmolarse por cumplir con su deber hasta el final.

Como contraste, Sófocles —¡que entendía de teatro!— le otorgó el personaje de Ismene, en una escena inicial que se cuenta entre las más hermosas que haya creado el teatro universal. Ismene, tierna, débil, vencida de antemano; Ismene que acepta como ley suprema el señorío del hombre y no se atreve a sustraerse a la ley dictada por un hombre... Desde las primeras réplicas de la tragedia, Teresa Bornn, con su dicción, su conmovedora silueta de mujer menuda y adolorida, su humana emoción femenina en pugna con un texto retórico por fuerza, se afirmó como una de las máximas revelaciones de esta realización excepcional.

Eduardo Casado ha dado vida a un Creón escultórico y duro. Representa la razón de Estado, el peso de la ley, con una majestad ciega y atlética. "Ya se que se murmura en Tebas —afirma a veces con acento terrible, dirigiéndose al coro—; pero Polinice permanecerá sin sepultura, y quien intentare dársela será sometido a los más abominables suplicios". Personifica lo indiscutible, lo que debe acatarse, esa obediencia al Orden que sintetiza con una sola frase: "Del orden en la ciudad nacerá la prosperidad... Y de esa prosperidad participaremos todos"... A veces, ante las reacciones del coro, Eduardo Casado responde únicamente con los ojos. Y, en esos momentos, logra dar a su rostro una elocuencia de máscara antigua.

Marisabel Sáenz, ilumina el final de la tragedia con una silueta torturada, desplomada al pie de una columna, que se cuenta entre las mejores visiones plásticas de esa acción animada en un escenario grandioso. Sergio Navarro no carece de autoridad en el papel de Hemón, logrando llenar dignamente su papel en ese conflicto de gigantes. Los Corifeos y Mensajeros, así como el Guardián, participan del cataclismo con fuerza y convicción... Del anciano Tiresias no hablaremos: su extraña manera de escandir las estrofas es asunto que incumbe al director de escena. Su personalidad no puede ponerse en tela de juicio, si se le juzga por esa declamación matemática, jadeante, falsa casi siempre, que resulta completamente opuesta al delirio profético, al estado de lucidez inconsciente, que hubiéramos querido esperar del personaje.

Un elogio especial para los Coros. Nada hay tan difícil como ordenar un "coro hablado". Y, en esto, Schajowicz ha logrado una victoria completa. No se pierde una sílaba del texto. Aun en los momentos —¡y son los más impresionantes!— en que el primer semicoro se une al segundo, en un "Epodo" de una inteligibilidad perfecta.

Preyeso y sus equipos han trabajado admirablemente en la sonorización del patio central de la Universidad. Bien colocados, bien graduados, sus micrófonos, ocultos en las molduras de las columnas, han transmitido con tanta perfección el texto de Sófocles, como los acompañamientos orquestales.

---

He hablado, desde luego, de la interpretación individual. Es decir, de lo que ha dado cada intérprete, por sí mismo, dentro del rígido marco fijado por el director. Porque salta a la vista —y es elogio decirlo—, que nada en esta ANTIGONA ha sido dejado al azar, no confiándose siquiera en lo que cada actor pudiera aportar "sobre la marcha" del texto, como tan a menudo suele hacerse. Schajowicz es un verdadero director. Ha organizado su maquinaria trágica con minucia de relojero. Por ello sólo él —y vuelve a ser elogio— debe cargar con el peso de sus pecados y aligerarse con sus virtudes.

En primer lugar, no estoy de acuerdo con la traducción del texto de Sófocles. Y no es que tenga nada que reprochársele en cuanto a rigor y seriedad. Pero peca, precisamente, de exceso de rigor y seriedad. La tragedia antigua ha creado una poesía que con el tiempo se ha hecho retórica. Lo que salva esa retórica de hacerse odiosa, es el grandioso hervor de las pasiones que bajo ella se agitan.

En estos últimos años —años caracterizados, dramáticamente, por un regreso a las grandes formas del teatro— han vuelto a ponerse en escena, con éxito, textos de Sófocles, Esquilo, Eurípides y Aristófanes. Recientemente aún, LAS AVES de Aristófanes conocieron seiscientas noches de triunfo en París... Pero, cada vez que una obra del teatro griego ha vuelto a ponerse en escena, se ha tratado de actualizar el texto, revisando las traducciones existentes, para despojarlas de retórica. Cocteau, con la propia ANTÍGONA, André Gide, con EDIPO, se han aplicado a extraer del vocabulario su más hondo contenido humano, respetando las locuciones populares donde se encontraran. Muchas veces, en sus versiones, la palabra "extranjero" se ha borrado en favor de "meteco". El coro ha sido tratado con mayor soltura. Los discursos han sido despojados de énfasis... La versión del doctor Dihigo no sigue esta moderna concepción, tendiente a acusar el contenido humano de los conflictos, despojando el lenguaje de lastre inútil... Su texto es rígido, académico, declamatorio... Impone a los intérpretes una prueba terrible, por su ausencia de flexibilidad y de matices realmente humanos...

Un reproche análogo podría hacerse a Schajowicz. Ha visto a Grecia como una columna blanca. Lo arquitectónico, lo pentélico de la tragedia antigua, lo ha llevado a una concepción estática de la "mise en scene". Sus personajes se mueven con una imperturbabilidad de dioses. Creón desarrolla toda su acción en un solo intercolumnio —siempre el mismo. Durante más de hora y cuarto, el segundo semicoro permanece sin moverse, plantado en los peldaños, con una rigidez de estatua. En la escena final, Creón ha de recibir el golpe supremo de la muerte de Eurídice, llevando todavía en brazos el cadáver de Hemón —lo que le prohíbe toda reacción física ante el anuncio de la nueva desgracia.

Durante toda la primera parte de la tragedia, creía que Schajowicz especulaba con la inmovilidad para poner súbitamente en acción sus personajes, después de la escena decisiva en que el adivino Tiresias lanza sus tremendas profecías... ¡Pero, no! Habíamos de permanecer en lo estático hasta las últimas líneas del poema...

Se me dirá que esta concepción no anda reñida con la estética misma de la tragedia antigua. Sin embargo, aquí cabe también —como ocurre con el texto— una posible revisión de principios a la luz de concepciones más modernas.

He dicho que Schajowicz consideraba la tragedia griega como una columna blanca. Así se las ha visto durante siglos... No obstante, consideradas en función de lo que en ellas ocurre, nos ofrecen

una visión de cataclismo, un horror de campo de batalla, más bien que la imagen de un templo... Los crímenes de los Atridas, la historia de Edipo y sus hijos, se desarrollan en un mundo de ciudades asoladas por la peste, de subterráneos, de antros adivinatorios, de plazas asediadas, de muchedumbres hambrientas y contaminadas... Las pasiones propician asesinatos, incestos, torturas y suicidios... Los Palacios de los Príncipes huelen a sangre fresca y a hieles de bestias sacrificadas... Vista a través de su teatro, la Grecia pétreo, la Grecia heroica de los grandes ciclos semifabulosos, se nos presenta como una humanidad bárbara, en que la ley se hace por mano propia, y en que las familias se diezman en interminables secuelas de vendettas y luchas fratricidas... Edipo Rey descubre el misterio de sus orígenes, después de interrogatorios jadeantes, que se asemejan a los de una investigación policíaca... Clitemnestra expía su lujuria por mano de su propia hijastra... Los hermanos se matan entre sí... Cumplida su piadosa misión de lazarillo en Colonna, Antígona regresa a Tebas para dar sepultura a un cadáver putrefacto, cuyo olor ahuyenta a los guardias que dan cuenta a Creón de su sepelio "bajo un poco de polvo"...

¡Nada más reñido con ese mundo de violencias y de horror que la inmovilidad!... Hay momentos en que el actor encargado de animar un Edipo, un Egisto, un Agamenón, un Orestes, ha de actuar con las entrañas —"con las tripas", como suelen decir los trágicos franceses. La danza acompañada por baterías de látigos imaginada por Ricardo Strauss para acompañar la venganza de Electra, resulta débil ante el furor dionisiaco que se apodera de ella, a la vista de un cadáver... El coro, que asiste a esas guerras de insectos monstruosos, debe estremecerse de horror, rodar a lo largo de los pedanos, moverse, como se movería la masa que realmente representa...

Y por ello reprocho a Schajowicz su concepto —muy plástico, no obstante— de la tragedia estática. Cuando Creón escucha las profecías de Tiresias, nada del horror que estas le producen se refleja en su rostro... El coro, que se vuelve poco a poco contra él, permanece casi inmóvil al hacerlo... Tiresias, dotado de una extraña declamación por frases de valores iguales, no presenta el menor síntoma de furor adivinatorio... Estamos en la Atenas de Pericles no en la Grecia de los misterios de Eleusis y de las pitonisas...

Pero repito, como lo decía al principio de este artículo, que de ningún modo quiero asemejarme a esos críticos nuestros que se pasan la vida elogiando obras mediocres, por indulgencia, y que, cuando se encuentran frente a una gran realización la destruyen por mejor demostrar sus facultades críticas... Mis reparos están contruidos sobre un espectáculo de primer orden, de elevado y noble estilo, que debe ser motivo de orgullo para nuestra Universidad... Discuto, como puede discutirse una realización grandiosa, admirada de antemano, pero que por su misma excelencia sugiere ideas y nos lleva a meditar... Lo cual es ya bastante elogio, cuando se piense

que vivimos en un ambiente que, teatralmente, muy raras veces nos induce a pensar...

Si se repite alguna representación de ANTIGONA, id a verla. Vale la pena. Es probablemente el esfuerzo dramático más completo y mejor logrado que se haya intentado en La Habana desde hace más de diez años...

*Tiempo*. Semanario. La Habana, a. 2, No. 5.  
25 de mayo de 1941, p. 10-11.

*Los que ven, los que se dedican a observar  
el curso y el proceder ordenado del cielo,  
cómo se divide la noche.  
Los que están mirando, los que cuentan.  
Los que vuelven ruidosamente las hojas de los  
códices.  
Los que tienen en su poder la tinta negra y roja  
y lo pintado,  
ellos nos llevan, nos guían, nos dicen el camino.  
Quienes ordenan cómo cae un año,  
cómo sigue su camino la cuenta de los destinos  
y los días y cada una de las veintenas.*

*(Libro de los Coloquios)*



Al Mar Caribe se le llamó, igualmente, Golfo de México.